



TESTIMONIO DE UNA MUJER HERIDA

María Teresa Silva Moreno, Marusa, así como tejó una chombita para su primera criatura, sigue empeñada en otra forma de tejido, hasta sobreponerse a todos los obstáculos y al tiempo transcurrido y urdir y hacer correr los puntos de una escritura donde reúne sus experiencias, sueños, desventuras y recuerdos. El resultado son las 376 páginas de *Tejiendo con hilo color damasco* (Editorial Cuatro Vientos, 2003).

Fue una estudiante llena de ideales, sin militancia política, pero con un compromiso moral y social. Nacida en 1954, tenía algo claro: quería dedicarse a los niños, por eso decidió ser educadora de párvulos. Eso estaba estudiando cuando llegó el 11 de septiembre de 1973. Pronto fue secuestrada y llevada a Villa Grimaldi.

‘Bastó un gesto, un conato de gesto solidario, para que se viera sumida en una situación horrible, de terror, tortura e inmundicia. Y la palabra tiene todas las connotaciones posibles: aunque para ella no haya sido lo más terrible pasar semanas sin lavarse ni cambiarse ropa. Lo peor fue la suciedad pegajosa del pánico, que le salpicó el alma. Ese miedo y ese terror se tornó hereditario.

Ella es lo que en este país tan segregado socialmente se llama una “hija de familia”, nacida y criada en un hogar de “gente de bien”. Donde se toleraba hasta a un presidente socialista y muchos sueños democráticos, siempre que la niña no se metiera con “rotos”. Desde adentro de una casta que aparecía protegida, surge el testimonio. Desde una mujer con un abuelo general de ejército que en un momento dado llegó a ser comandante en jefe. Su padre era diplomático, y vivió inmersa en un medio de intelectuales, con parientes escritores y colaboradores de la llamada “gran prensa”, prensa moderada que luego se denunció en el propio Congreso de Estados Unidos- fue sobornada para desestabilizar al gobierno y realizar el golpe.

Lo notable del testimonio de Marusa es su incapacidad para perder la mirada limpia, a pesar de las traiciones y tralacerías que llegan al grotesco, como la de la mejor amiga que no trepida en ofrecer mejor sueldo a su empleada para llevársela, en olímpico gesto propio de la economía de mercado.

“Quiero hacer una demanda por daños morales. Mi familia ha sido muy herida” -expresa Marusa Silva-, “y estoy segura, somos millares los que compartimos este deseo. ¿Pero a quién acudir sin que nos pasen por el aro? ¿Si hasta varios cientos de exiliados

hemos pagado un anticipo para hacer una demanda que nos indemnice en parte de tanto perjuicio, y pasan los meses -y años- y no tenemos respuesta!”.

No hay respuesta ni reparación para los quebrantados por los suicidios, por las familias rotas, por las carreras destruidas. Tampoco hay respuesta ni reparación para madres como ésta, que proclama: “Mi hijo ha heredado el miedo colectivo, el pánico que quedó grabado en nuestros cuerpos. No sale al mundo externo. Ha habido una suerte de complici-

dad para acallar el testimonio. Novelas como ésta son escasas no porque no se hayan escrito, sino porque las editoriales se han negado sistemáticamente a publicarlas, en el afán de ‘bajar el perfil’ a los trágicos sucesos que nos cambiaron el mapa”.

CHILENOS DEL EXILIO

Un exiliado chileno en Canadá, el poeta Jorge Echeverry, dice: “La situación hizo difícil la asimilación del discurso exiliado. Decenas de miles de personas volvieron a Chile, con nuevos elementos culturales y de formación. En alguna medida la intelectualidad adoptó una actitud distante respecto a los retornados y a los productores culturales chilenos en el exterior, pero a la vez se hacía sentir la necesidad de un nuevo discurso”.

También señala Echeverry: “En algunos círculos del Chile actual, adelantado en el camino de la globalización y la economía de mercado, existe la impresión que los escritores chilenos de afuera siguen pegados en concepciones añejas. Una editorial pequeña, cuyo nombre omito, respondió a la consulta de un amigo sobre una edición de escritores chilenos en Canadá en Chile, que lo que venía de Canadá estaba teñido de rojo”.

Tejiendo con hilo color damasco acude una y otra vez a las escenas del país perdido, al barrio protector, a la plaza escenario de la libertad sin traspaso de fronteras, a la infancia idealizada, en un proceso incansable para embellecer el pasado irre recuperable y refugiarse en él. Por contraste, las estancias o puertos del exilio resultan más amables para la protagonista que el país recobrado. A lo largo del texto, la marca del exilio se impone como tatuaje imborrable.

Mientras la protagonista se debate en la lucha desesperada contra la incomunicación, está consciente de que la pesadilla del cuerpo y el alma degradados no la extingue ningún tratamiento, ninguna droga. La pérdida del territorio de la seguridad y los sueños es irrevocable. Roto el tejido capaz de contener una sociedad que había tardado ciento sesenta años en organizarse, se suceden sin tregua las separaciones de la familia, de los amigos, de la pareja. Se traspasan las fronteras para ingresar al espacio permanente de la lejanía y la distancia, que todo lo envuelve con un ropaje gaseoso. El afán loco del retorno sólo permite hallar un país cambiado y perdido, y un pretérito desbaratado. Hay niños que han nacido en la clandestinidad, otros han vivido

separados de sus madres, otros no conocieron a los padres detenidos desaparecidos o muertos en la tortura. Muchos de esos niños crecieron en el exilio para retornar, al fin, y encontrarse con una familia y un mundo desconocidos.

DE VUELTA AL PAIS

Pero Marusa no sólo se queda en el exilio. Ella retorna y se empapa de exilio interior, de autocensura, de los estragos que la dictadura ha causado al país. Somos muy dados a comparar, obstinados en el afán de creer que el arbolito nuevo necesita un tutor. Pero Marusa urdió y armó su trama con absoluta fidelidad a sí misma. El resultado de haber sido fiel al empeño de estar *Tejiendo con hilo color damasco* es de una sencillez sorprendente: es este libro que no se parece al de ninguna otra escritora.

¿Que es ingenua? ¿Que por lo mismo le ocurren desastres en la vida? Si se piensa con absoluta honestidad, la narradora sufre los mismos naufragios, calamidades y sinsabores que padecen las mujeres astutas, sabidas, avisadas y avispadas. Esta escritora en ningún momento pretende ser o representar a la mujer actual, a la chilena actual. Ella es sólo una mujer de un determinado segmento social. Mucho se habla de transgresión, en un sentido altamente positivo, cuando una mujer critica y se rebela ante las injusticias cometidas contra ella o contra los demás. Esta nueva acepción se va tornando cada día más aceptada. Pero si reflexionamos sobre este rescate de la memoria de Marusa Silva, percibimos que ella no ha cometido ningún delito, no se le puede achacar la menor culpabilidad por las desgracias de que ha sido víctima; no se percibe la menor contravención por parte de ella a las leyes que preservan la vida y benefician a la sociedad, ni tampoco el quebrantamiento ni violación de ningún derecho a la vida, por la vida, de la vida.

Son otros, los usurpadores del poder político, los defensores de un sistema perverso, los que transgredieron todas las leyes, todas las formas de convivencia para secuestrar, torturar, matar y destruir las familias, dispersarlas, dejarlas a la deriva, cortados todos los hilos, los puntos, las mallas que formaban el tejido humano de este país. Desde esos hilos rotos y enredados, se levantan mujeres como ésta, que no cejan en su defensa del derecho a la justicia y a la equidad ●

VIRGINIA VIDAL



MARUSA
Silva: los
hilos rotos.

“Hay niños que han nacido en la clandestinidad, otros han vivido separados de sus madres, otros no conocieron a los padres detenidos desaparecidos o muertos en la tortura. Muchos de esos niños crecieron en el exilio para retornar, al fin, y encontrarse con una familia y un mundo desconocidos”.